

cuando al cabo de mucho revolver sin rumbo me vino a los ojos **A María Eulalia** pensé esperanzado que había encontrado el principio, el hilo del que tirar.

El formato, y la letra cursiva, me indujeron a suponer que se trataba de una dedicatoria, esa que algunos escritores ponen en sus libros, a mano derecha y en pequeñito, en la página siguiente a la del título; o quizás de una cita de otro autor, aunque en tal caso lo normal es que figure el nombre de dicho autor, y aquí no había ningún nombre.

Así que, entre eso y que enseguida me di cuenta de que las primeras frases me sonaban o, es más, recordaba perfectamente haber leído entre el maremágnum de papeles unos párrafos exactos, idénticos palabra por palabra y punto por punto a los tres primeros del papel que tenía en la mano, entendí, o deduje, que se trataba no de dedicatoria o cita sino, tan sólo, de una [nota en la que se informaba a la tal María Eulalia](#)² de que, como seguramente ella sabía de qué le estaba hablando, lo mejor para no aburrirse era que fuese directamente a una página 24 que quien redactase la nota en cuestión escribiría cuando regresara de abrir la puerta.

Consideré, por tanto, que una forma inteligente de proceder sería, aunque no soy María Eulalia ni sabía —como al parecer si sabía ella— de qué iba la cosa, buscar la página 24 y, una vez allí, empezar a organizarme.

Pero no iba a ser fácil. No iba a ser fácil y así se lo advertí a mi jefa, o, bueno, mejor diré empleadora, cuando [la llamé desalentado](#)⁸.

—Ni fácil ni rápido —le dije—, y quiero que usted lo sepa porque....

— ¡Pero sí lo sé! —atajó en tono casi festivo, (que noté que sonreía) — Ni fácil ni rápido pero sí entretenido —y, tras una breve pausa, (tuve la sensación de que fumaba, porque me pareció que echaba el humo)— ¿O no?

—Sí, muy entretenido sí; el baúl está lleno, cientos o miles de papeles y muchos de ellos sin numerar. Por eso quiero que usted lo sepa porque no quiero que luego...

—Ah, “luego” —volvió a atajar—. Pero eso será cuando estén ordenados, y usted me termina de decir que le va a llevar un tiempo.

—Pues, por eso mismo; que no quiero que luego usted me venga con quejas y reproches de que...

— ¡Pero si lo he visto hacer puzles! —sin dejarme terminar, para, total, hacer una nueva pausa que me afianzó en la idea de que era fumadora, (que escuché el chasquido de un mechero), muy fumadora. Y cuando hubo echado el humo continuó—: ¿Qué me quiere contar?

—Pues que sí; que usted ha podido verme haciendo puzles con el móvil, sí, en la cafetería. Pero yo soy un hombre de palabra, muy responsable, y no quiero que por eso de los puzles piense que...

—¿Y qué pienso? ¿Qué puedo pensar sino que es usted la persona ideal?

Y que me tranquilizase. Y que ahora tenía un poco de prisa y tenía que colgar. Pero a última hora de la tarde pasaría a hacerme una visita.

Miré el reloj y eran poco más de las once; disponía de tres horas y pico para seguir hurgando antes de acudir a la cita que tenía para comer. No con ella, claro; con ella no tenía ninguna

amistad, ni apenas un poquito de confianza, que la conocía tan solo de haberla visto en la cafetería de al otro lado de la calle, y siempre a la hora de desayunar.

Así que seguí hurgando a ver si lograba sacar algo en claro; hurgando y fumando, igual que ella; mira, me dije, algo tenemos en común.

Lo cierto, para decir toda la verdad, es que los papeles no estaban todos sueltos; había tres o cuatro pequeños manojos de folios sujetos con su pinza metálica en los que, en un trozo de papel pequeño y escrito a mano, se leía una frase que pudiera ser un título, o serlo al menos en el caso de este que tomo como ejemplo y que rezaba:

Coordenada ni polar ni cartesiana

6 archivos

Orden alfabético

Y sí; el manajo —de poco más de una treintena de folios— estaba dividido en seis grupitos que hojeé para no encontrar la razón por la que a aquel orden se le pudiese llamar alfabético, pero sí algunos detalles que me dieron indicio de que alguna relación había entre ellos.

El primero — compuesto a su vez por 13 folios que en aquella primera ojeada no conté ni, por supuesto, leí — y el segundo — a cuyo texto y a pesar de haber podido leerlo de un solo vistazo tampoco presté atención — llevaban [un cartabón en el ángulo superior izquierdo](#)³; y en el derecho, con un número 15 dentro y encerrado en un pequeño círculo, una ilustración pequeñita que, sobre el papel en blanco y negro, no pude distinguir qué podría ser. Pude ver sí, y usted también puede verlo — no se desespere, que podrá si tiene un poquito de paciencia, que ya me he preocupado yo de ponérselo a color — que tanto en uno como en otro la ilustración lleva una especie de adorno alrededor, como si la enmarcase; pero ese adorno no es el mismo en ambos casos.

El tercero llevaba un pendiente —nada que ver con el cartabón— y una ilustración similar a la de los anteriores, pero con un número 13, encerrada ésta en un hexágono.

El cuarto - que me salió, como había ya ensayado, el escaneado mucho mejor [-un círculo en el que no se distinguía nada; y, a la derecha, el dibujo de una mano sujetando un lapicero o un bolígrafo.](#)⁴

El quinto, una [ilustración, una oca, con un número 14](#),⁵ enmarcada con el mismo diseño que el del cartabón 2 y, a la izquierda, lo que podía ser la foto de un folio que, a su vez, llevaba en el ángulo superior izquierdo un pendiente como el del tercero.

El sexto el mismo folio con su pendiente a la izquierda, y a la derecha una ilustración idéntica a la del quinto, pero enmarcada esta con el mismo diseño que la del primer cartabón.

El suelo de la habitación —vacía, por otra parte, a excepción del baúl y una mesa escritorio con mi ordenador (ella había dicho “yo no tengo ni entiendo de esas cosas, soy muy mayor”) y una silla de esas que se llaman, creo, thonet— estaba cubierto de papeles; de modo que, por ir despejando, decidí centrarme en el manajo de seis grupitos y desentenderme de momento de todo lo demás.

Y me marché a la cocina.

A la cocina porque era el único lugar de la casa en el que había una mesa, aparte de la mía, claro, la que yo utilizaba, quiero decir, con mi ordenador; una mesa despejada, sin nada encima, y allí los coloqué en su orden 1, 2, 3, 4, 5, 6.

No encontré en un principio nada que justificase ese orden; en cada uno de los grupitos no se apreciaba pista ninguna que indicase que cualquiera de ellos remitiera al siguiente; hasta que a base de releer obsesivamente los primeros renglones tuve una especie de revelación que bien podía, siempre he sido persona poco optimista, ser tan sólo un clavo ardiendo al que trataba de agarrarme.

Consistía ello en que en que el primer grupito, de trece folios, la primera palabra que podía leerse era “coordenada”.

En el segundo, las primeras palabras bajo el encabezado eran “e íntegra”.

En el tercero “esta página web”.

En el cuarto “porque la página que usted ve”

En el quinto “que al cabo de mucho cavilar”.

En el sexto “usted”.

Si se trataba, como se indicaba en el tercero, de una página web, ¿no podían ser esas palabras una secuencia alfabéticamente ordenada de hipervínculos mediante los que se enlazaran unos documentos con otros?

En tal caso, los papeles en cuestión... ¿habían sido previamente documentos de una página web?, ¿eran un algo así como borradores, o el proyecto, de algo que más tarde se copiaría, o se escanearía, para subirlo a una web?

Pensé telefonear a mi jefa, bueno, empleadora, para preguntarle; pero desistí entendiendo que si me había contratado era para que el embrollo lo solucionara yo

Con que, sin más contemplaciones, agarré el manojito y, en el mismo orden supuestamente alfabético en que estaban,

Cartabón 1

Cartabón 2

Pendiente

Círculo y manecita

Folio con pendiente 1

Folio con pendiente 2

los escaneé, los subí al ordenador y los metí en una carpeta a la que puse el nombre de **Coordenada ni polar ni cartesiana** que había leído en el papel escrito a mano.

Una vez hube subido el primero no me detuve a leer el contenido, sino que recorrí la pantalla con el puntero, que indicó que ahí, en el cartabón, había algo.

Pulsé y llegué al quinto archivo.

Ahí dudé entre pulsar sobre Versión Original o sobre la foto de folio con pendiente. Me decidí por la versión y me encontré, aparte de con el segundo cartabón —con el que ir a dar antes o después ya contaba, y no me sorprendió—, con algo que sí me sorprendió y, sin pensarlo, me abalancé al teléfono y, sin preámbulos, ni saludarla ni decirle que era yo siquiera, le espeté tan pronto contestó:

—Perdone que le moleste, pero creo que no estará de más hacerle notar que eso no estaba en nuestro acuerdo.

—Bueno —ella, tan tranquila como siempre y sonriendo, que la veía yo, en mi cabeza; sonriendo y fumando que la veía yo en mi cabeza porque era, como es lógico, una llamada normal, no videoconferencia—; si no quiere... Pero me lo pudo decir antes...

—Antes no lo sabía; me acabo de dar cuenta de que...

—Claro. No hay sábanas, ni toallas, ni una manta ahora que empieza a refrescar y por si usted necesita alguna noche... En fin, si usted no quiere...

—No. No quiero; así que eso o nos lo saltamos, o lo suprimimos, o, no sé, usted verá, pero, eso, ni me apetece (y perdone, no quiero disgustarla) ni creo, sinceramente, estar preparado...

—Está bien —ella, sin perder el aplomo ni la sonrisa—; llamaré a uno de esos servicios de taxi y le daré la llave para que se la entregue.

—¿Qué llave?

—¿Y cuál va a ser? La llave del trasterillo de abajo; ahí hay cajas con sábanas, toallas, mantas...

—Pero eso no corre prisa, aún es media mañana y un rollo de papel de cocina casi sin estrenar sí que hay. Me la podría dar cuando venga por la tarde.

—Sí, podría; pero como usted no quiere que vaya...

—¿He dicho yo eso?

—Sí, usted —sin perder la sonrisa pero sí por lo visto el mechero, que vi (en mi cabeza) cómo se levantaba del sillón diciendo “y tú, aunque lo tengas delante del hocico no vas a decir ni pio” y, a mí, después del previsible chasquido—: Le dije cuando salía que a última hora de la tarde iría, y ahora me llama diciendo que no quiere y unas cosas rarísimas...

—No creo haber dicho cosas rarísimas; usted debiera comprender que lo de las líneas rojas...

—Ah, las líneas rojas. Pero no volvamos sobre el tema y, dígame, ¿Qué tal va con el puzle?

—¿El puzle? Ya le dejé bien claro que...

—Ya, ya; entiendo perfectamente que esto puede ser más complicado. Pero, bueno, algo habrá avanzado ¿No?

—Algo, sí; y eso la verdad es que me animó bastante. Pero cuando me he encontrado con las líneas rojas...

—Ah. Las célebres líneas rojas ¿No puede, de verdad, aunque sea haciendo un esfuerzo omitirlas en nuestra conversación?

—Sí —yo—, pero no en el archivo del segundo cartabón.

—Ah, el archivo del segundo cartabón; es verdad. Perdóneme, ha sido un despiste mío. Mi impresora sólo imprime en negro y, sí, suelo tener cuidado y señalarlo, sobre el papel; pero se me habrá alguna vez escapado...

Y que, en fin, me pedía mil disculpas y confiaba en que no volviese a ocurrir.

Y que a la tarde, cuando viniera con la llave, podría enseñarle “solo si a usted le apetece, que no quiero agobiarlo y que se sienta con perfecta libertad de hacer su trabajo como estime conveniente” lo que llevaba avanzado.

—Vale —yo—. Pero ahí me atasco porque no puedo suprimirlas, como usted dice, porque para eso necesitaría tener el Word original y la clave de acceso.

—Pues me temo —ella—que en eso no voy a poderle ayudar. Ya le he dicho que para las tecnologías soy una nulidad.

Y que hasta luego, “no lo quiero seguir entreteniéndolo”.

Y colgó.

Y me quedé ahí, un rato; pensativo mirando aquel par de renglones en rojo del archivo del segundo cartabón, preguntándome qué tendría yo que explicar ahí, y cómo explicarlo.

Y, sí, a la caída de la tarde vino, y se interesó por mis progresos, “sus progresos”, dijo, y aproveche para quejarme de que progresaba poco y mal por culpa de las malditas líneas...

— ¿Volvemos con las líneas? — con sonrisita burlona y en tono, ella, entre socarrón y cansino.

— ¿Quiere verlas con sus propios ojos?

— Si a usted le hace ilusión...

Y cargada de paciencia, tan serena ella, se quitó el chaquetón (que dejó caer al suelo) y se dejó caer (ella, personalmente) sobre el baúl cerrado para, de inmediato y casi dando un salto exclamar “¡pero estos chinos se clavan en el culo que es un horror!” y, también de inmediato, pedir excusas y rectificar explicando “es que a veces soy demasiado expresiva” aunque lo que los chinos se clavaban lo mantenía, pero que lo de los glúteos (que esta vez dijo “glúteos”) lo podía olvidar si quería y que pelillos a la mar.

Y miró a los chinos, sin rencor, e incluso les sonrió mientras sacaba de su bolso (que también había tirado al suelo) una pitillera negra y un mechero y comentaba, encendiendo un cigarrillo, “es gracioso”.

— ¿Yo? — un poco mosqueado por lo del “si a usted le hace ilusión” de tono socarrón, ya dije.

— El baúl. A usted lo encuentro un poquito taciturno.

— ¿Y no es para estarlo?

— ¡Un baúl tan bonito! — y lo acarició con su mano.

— Ya, si — yo — pero, lo otro...

— Ah, lo otro; pero, ¿no le dije que lo olvidase?

— Pero no puedo.

- ¡Cómo no va a poder olvidar una tontería de culo que además ha sido un lapsus sin importancia! No le hacía yo tan tiquismiquis.
- Son las líneas, rojas...
- Vale, vale, de acuerdo. Es cierto que entre prácticamente desconocidos hay expresiones que no...
- Quiero decir las del cartabón.
- Ah, el cartabón. Yo también, si quiero que me salgan derechitas necesito un cartabón, aunque sean, fíjese lo que le digo, de cualquier otro color.
- Estas — y coloqué el papel frente a sus ojos.
- ¿A ver? — y se cambió de gafas, que sacó también del bolso, y leyó, despacito y bisbiseando, “Aquí irá un enlace desde el texto del narrador de la web actual, que explicará —a su vez, dicho narrador— por qué sí están las páginas “aquí”.

Luego se quitó las gafas y se puso las otras, y con un profundo suspiro dijo “pues no tenía ni idea de verdad”.

Y que de dónde las había sacado.

- Pues del baúl, claro — dije, y aproveché para puntualizar —: Además la vista previa no sale.
- A, bueno, claro que no sale — y señaló al baúl —, porque eso tendrá ya que ser desde la web; pero no importa, que tuve la precaución de escanearlas... ¿No las ha visto?
- Lo he vaciado por completo — dije, levantando la tapa con los chinos —, y todo cuanto contenía está aquí —. Señalando yo al suelo.
- ¿Esto — ella, con cara de sorpresa — lo ha sacado de este baúl?
- ¿Le parece poco?
- No, bueno, ni poco ni mucho. Yo soy bastante mala calculando, me hago lío con poco mucho grande pequeño cerca lejos... Como es todo tan relativo, ¿verdad? Pero que siempre había pensado que era la caja de un microondas. Debe de ser cómo nunca he venido y lleva una tantas cosas en la cabeza, ¿verdad?

Según hablaba se había puesto el chaquetón y, mientras se lo abrochaba, añadió “pero usted no se preocupe de nada más que de sus progresos; que a fin de cuentas todo lo demás es sólo un juego”.

Y tras un escueto buenas noches salió por la puerta sin que me diera tiempo a decirle — aunque si me lo hubiese dado tampoco habría dicho, tan absorto y sin acertar a pensar en otra cosa que no fuesen los papeles — que y de mi cena qué.

“De mi cena qué” porque, según nuestro acuerdo y por exigencia suya de la que no me dio a conocer razón alguna, yo me comprometía a no salir del piso excepto para bajar al trasterillo si necesitaba sábanas o toallas o cualquier tipo de cosa que se me pasara por la cabeza o se me antojase, porque, allí, dijo, había infinidad de trastos y chismes que a saber si podrían a lo mejor hacerme gracia o algún tipo de apaño; pero a ninguna otra parte fuera del edificio ni, por supuesto, y que lo enfatizó con mucho ahínco, a las casas de los otros vecinos que, lo sabía

ella muy bien, todos unos tales y unos cuales y unos chismosos; y que de mi comida y mi bebida ella se ocuparía personalmente de abastecerme.

Pero, y ese habría sido el problema si me hubiese acordado no teniendo la cabeza tan en los papeles o los papeles tan en la cabeza; había venido y se había vuelto a marchar sin ni abastecerme ni, de eso me acordé de repente, la llave del trasterillo que, por cierto y por fortuna, me sirvió de excusa para volver a telefonarle sin tener que mencionar algo tan prosaico como es llenar la barriga que, también por cierto pero por desventura, me empezó a doler sabiendo yo, que lo sabía, que en el baño había visto yo que no había papel higiénico.

– Disculpe que vuelva a importunarla — dije apresuradamente tan pronto descolgó —, pero ha olvidado la llave del trasterillo.

– Ah. Pero no la he olvidado, que la tengo muy presente. Lo que pasa es que no sé dónde la tengo; pero no tengo ahora tiempo de buscarla porque, de eso si me acuerdo que se me había olvidado, quiero antes llevarle la cena.

– Bueno, sí, la cena — yo —, que, no voy a negárselo, también me vendría bien, aunque no hubiera por supuesto osado molestarla por algo tan prosaico.

– ¿Es más prosaico un sándwich de jamón y queso (lo siento y perdone que haga un inciso, pero cuando he querido ir a echar mano estaba ya todo cerrado excepto el chino, pero caducado no está, que lo he leído yo en el plástiquillo) que la llave del trasterillo?

– La llave del trasterillo... — un nuevo retortijón me cortó el habla.

– Sí — ella, riéndose —; le termina de pasar lo mismo que a mí.

– ¿Lo mismo?

– ¡Claro!

– ¿Resulta tan evidente?

– Mucho ¿O va a decirme que usted, tan culto, no se había dado cuenta?

– Es que no pensé que a través del teléf...

– Con teléfono o sin teléfono — interrumpió con viveza — ¡Es perfectamente obvio! — y tras una breve pausa en la que me percaté de que encendía un cigarrillo — ¿A usted de verdad no se lo parece?

– Sí — yo, cada vez más apurado, que hasta sudores me estaban entrando —; me lo parece, sin duda, y no se puede imaginar cómo lo siento.

– Oh. Vamos. Por Dios. La que debo de sentirlo soy yo. Siempre me digo que tengo que procurar ser más cuidadosa.

– Pero si usted no ha tenido culpa...

– Culpa puede que no; pero responsabilidad sí. Y es que tengo que fijarme, que me lo repito constantemente, pero...

– Pues, para estar no fijándose...

– Y eso ha sido — me volvió a interrumpir —, y le voy a quitar la razón aunque usted quiera decir que no la tengo, por mi culpa porque si le hubiese llevado la cena usted no habría tenido que telefonarme y nos habríamos evitado...

– No era por el sándwich...

– Bueno, sí, sándwich; que llamar a eso cena... Pero que con el asunto de la llave...

– Del trasterillo —yo.

– Del trasterillo, sí — ella —; y a eso iba...

– Pero sin ella — me estaba yo empezando a impacientar y a punto de marearme, por los retortijones; y, con una cierta sequedad —, porque no sabe dónde está.

– ¡Eso ya lo sé! — también ella empezó a parecerme impaciente; cosa perfectamente comprensible si le estaba pasando, como me había dicho, lo mismo que a mí.

Y así se lo dije:

– La comprendo de maravilla.

– ¡Pues si tan bien me comprende deje de interrumpirme, por favor — ahora se la notaba francamente vehemente —, o volveré a perder el hilo!

– ¿Qué hilo?

– ¿Y qué hilo podrá ser, hombre de dios? Pues el del trasterillo.

– Pero si era papel...

– ¡No papel! ¡No papel! ¡Escúcheme por favor y a ver si nos centramos! Plástico, plástico, plastiquillo que es con el que rima trasterillo y, encima, chino, aunque, menos mal, esa ya es en asonante — y suavizando la voz, que casi había gritado, añadió como si se disculpara —: que es que no se puede usted ni imaginar hasta que extremos me irrita, pero que me pasa cuando me pongo nerviosa, no se por qué, que me salgan esas rimas tan facilonas.

– ¡Bah! No se preocupe por eso — debe de ser que se me estaban pasando los retortijones, porque también yo me dulcifiqué —, a mí me pasa lo mismo también cuando me pongo nervioso.

– No le creo — ahora le imaginé una sonrisa dulce, casi beatífica — es usted tan culto, y tan amable que lo dice para disimular haberse dado cuenta de mi error tan torpe.

– Que no, de verdad — yo — que se lo digo en serio. Mientras hablábamos, sin ir más lejos, yo mismo he rimado impaciente con perfectamente, parecerme con impaciente, apurado con entrando...

– Qué va. Qué va. Pero, bueno, dejemos eso y, cuál era, dígame, que le habré hecho perder mucho tiempo con mis desasosiegos gramaticales y a lo mejor usted tenía algo de prisa, cuál era el motivo de su llamada.

– Pues... — y como me dio de repente y por sorpresa un nuevo retortijón no acerté a algo más elegante que decir “¡que necesito urgentemente papel higiénico!”.

– ¡Ay que gracioso! — ella, que ahora se reía a carcajadas —; pero debe de ser una broma, ¿verdad? Que no puedo creerme que diga usted en serio que el papel higiénico es menos prosaico que el sándwich de jamón y queso.

Pero que esa disertación la podíamos dejar para otro día porque como parecía que andaba yo apurado venía con el papel en un periquete.

– Si es que todavía encuentro el chino abierto — puntualizó, en tono presuroso —, que si no no sé qué vamos a hacer.

Y que me dejaba el rollo, o dos o tres si los encontraba, en el trasterillo porque — consignado también en los puntos de nuestro acuerdo —, para cosas que tuvieran que ver con intimidades u objetos, o útiles o enseres, que estuviesen fuese directa o indirectamente relacionados con las zonas pudendas, o con sus derivados o con sus aledaños, el intermediario sería siempre e indefectiblemente el trasterillo.

– De acuerdo — respondí.

Y colgué no sin encarecerle que, por favor, se demorase lo menos posible.

Y, un poco más sosegado porque parecía que de momento los retortijones habían vuelto a remitir, me dediqué mientras esperaba a jugar con los folios, tomando uno y dejando otro, sin detenerme a leer ninguno hasta qué fui a dar, sin quererlo ni buscarlo, con dos grapados en los que, en el primero, bajo el encabezamiento “Recorte de pantalla de la página Baulito de la web que un día fuese de Valentina Luján y se titulase De los papeles de un baulito chino y algo más” aparecía una serie de objetos que muy bien pudieran guardarse en un baúl y, en el segundo, titulado “Recorte de pantalla la página Costurero de mimbre de la web que un día fuese de Valentina Luján y se titulara De los papeles de un baulito chino y algo más” otra serie de objetos, heterogéneos, de pequeño tamaño, supuse, no porque sobre el papel pudiera apreciarse el tamaño sino porque entendí, o recordé, costureros iguales que solía haber en las casas cuando yo era niño, que en la de mi madre había uno, y en la de mi abuela otro, y en todos podías encontrar variedad de, eso, pequeños cachivaches tal vez inservibles de esos que se conservan por un “por si acaso” y qué, cuando los miras, no puedes evitar que te recuerden algún lugar, algún olor, algún alguien o algún tiempo y, a mí, al verlos en aquellos folios eso fue lo que me pasó, que empecé a recordar, casi sin querer, pero apenas había empezado volvió a sonar el teléfono.

– No va a merecer la pena que busque la llave — Espetó, concisa.

– Pues mejor así, porque a simple vista ya le puedo decir que hay muchas cosas, bobinas, botones, un boli, algunos anillos, un gato...

– Ah, ¡cielos!, un gato no; según los estatutos de la comunidad de vecinos no está permitido tener mascotas.

– Bueno — yo —; lo cierto es que es muy pequeño.

– Aunque sea pequeño. En los estatutos lo pone bien claro.

– Y, además, y por si puede tranquilizarla, está en un costurero.

– Pues no me tranquiliza. En un costurero, con agujas, alfileres, ¿no se da cuenta de que puede pincharse?

- Es una foto.
- Ah. Entonces no importa. Leí los estatutos de arriba abajo y no vi nada de que la zoofilia esté prohibida.
- Pero, la llave... No hay ninguna llave.
- Es justo lo que quería decirle. No hay ninguna llave que buscar, y mire que lo siento; pero me acabo de acordar de que, hará un par de días, la tiré sin querer a la basura. Luego, cuando al abrir un pequeño cofrecito, que, bueno, es una lata de cigarrillos ingleses, con pinta de antigua, pero yo digo cofrecito porque, ¿sabe?, si me oye alguien queda más elegante; pues la abrí y estaba llena de envoltorios de magdalenas, vacíos, claro, y arrugados. Entonces me acordé, pero, qué disgusto, los basureros ya se la habían llevado...
- La lata...
- La lata, no; la llave. La lata la tengo yo conmigo y con los papeles de las magdal... Pero, creo recordar, usted estaba interesado en el higiénico, y, ahora, sin llave del trasterillo...
- Pues, eso — yo —; que es una lata, la verdad, no poder tenerlo.

– Bueno. Mire. Déjeme que piense un ratito y vuelvo a llamarlo.

Y colgó.

Colgó y al continuar yo moviendo, distraído, desanimado, los papeles, me vino a las manos este sobre...



Este sobrecito con un sello de 5 céntimos **¡¡¡de peseta!!!** Que lo abrí, sí; no sé si debía pero lo abrí, aunque en realidad ya estaba abierto, basándome en el razonamiento de que a juzgar por semejante franqueo no estaría yo atentando contra la privacidad de un señor Bermúdez que debía de llevar lustros, si no décadas, muerto.

Y saqué este recordatorio, que no habría tenido nada de particular ni me hubiese llamado la atención... aunque, en realidad, quizás sí un poco por el apellido, Luján, como el que figura en

<p>†</p> <p>ROGAD A DIOS EN CARIDAD por el alma de la señora</p> <p>D.^a DIONISIA LUJAN LIZCANO que falleció en Zaragoza el día 10 de octubre de 1952 a los 68 años de edad</p> <p>Después de recibir los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica</p> <p><i>Sus afligidos hermanos, D. Venancio, don Julio, D. Ignacio; hermanos políticos, sobrinos primos y demás parientes,</i></p> <p>Ruegan una oración por su alma.</p> <p>†</p> <p>Misericordiosísimo Jesús, dadla el descanso eterno.</p> <p>†</p> <p>La hemos querido mucho, y su recuerdo no se borrará de nosotros. Jesús, María y José.</p> <p>Repetidas cinco veces, Indulgencia plenaria.</p>	<p>ORACION</p> <p>¡Oh Dios omnipotente y misericordioso! Acoge benignísimo el alma de tu sierva DIONISIA en la mansión de la paz y dignate no separar en la vida eterna a los que tan unidos vivieron en esta vida.</p> <p>JACULATORIAS</p> <p>Despertad, Señor, su recuerdo en todos los que la conocieron, para que ofrezcan ante vuestro altar la última prueba de su afecto.</p> <p>†</p> <p>No lloréis, sed buenos, voy a unirme con Dios y os espero en el Cielo.</p> <p>†</p> <p>Guarda esta estampa en tu libro predilecto y siempre que la veas reza por mí una Jaculatoria o Ave María.</p> <p>SAP - DUCHE DE SEXTO. 3</p>
---	--

el dominio de la web; pero sí porque recordé haber visto haría apenas unos minutos, otro idéntico aunque en el momento no le presté atención; y me puse un poco intrigado a buscarlo, pero nada más empezar a mover los papeles sonó el teléfono.

– ¿Lo tiene ya? — con su voz, ella, cantarina, festiva y desenfadada de mujer que no tiene ningún problema.

– No — contesté sin dejar de remover —, todavía no, pero...

– Ah. Pues eso debe de ser que se está retrasando el cerrajero...

– ¿El cerrajero?

– Sí, de urgencia...

– ¿Un cerrajero de urgencia cuando lo que en este momento me tiene en un sinvivir es un rec...

– ¡Un recontra puñetero jodido papel! — gritó, con esa manera tan característica que tiene todas las mujeres de gritar cuando se ponen histéricas.

– ¿Histérica yo? ¿histérica cuando no hace ni una docena de renglones escribió, que ya es adivinar, así, de oído, que se nota a la legua que no tengo ningún problema?

–Eso, y disculpe, no es del todo exacto...

– Bueeeeno, hombre — en el tono sereno y apacible al que saben regresar después de un barrido todas las mujeres volubles —, no se lo tome tan al pie de la letra — y, tras un breve silencio reflexivo y el chasquido del mechero —: pero no vuelva, por favor, a tocarme las narices.

– ¿le ha tocado servidor a la señora las narices?

– ¡Voluble, voluble, voluble! Cuatro renglones más arriba; repáselo si quiere. Y yo, entérese de una vez y para siempre si quiere que nos llevemos bien, tendré doscientos mil defectos, pero voluble no soy.

– De acueeeerdo.

– De acueeeerdo, no. Y no me dé la razón como a los tontos.

– Vamos. No he pretendido molestarla.

– No, ya; si, bueno, sí; si puede que... Pero es que me da mucha rabia; y que me cobra tarifa extra, además...

– ¿Yo le cobro tarifa extra? — en tono yo en absoluto mosqueado, tan absorto tan en otra cosa como estoy con o del rec...

– El cerrajero. Recontra puñetero papel, sí. Ese tipo debería de, y con tarifa urgente, encima, ya le he dicho, debería ya de estar ahí...

– ¡Aquí está! — alborozado, que lo acabo de encontrar.

–Ah, qué bien. Y justo en el momento en que...

Y que qué casualidad, dice, pero, en tono desalado ahora, que debe de tratarse de un error.

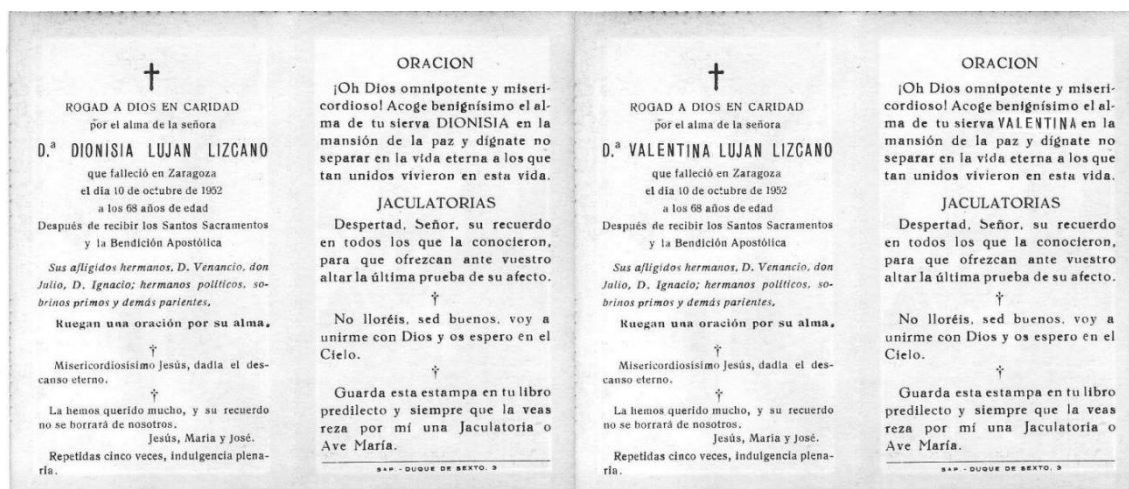
—¿Un error? — yo, exultante — Pues aunque no se lo crea lo tengo en la mano.

— ¡No me diga!

— Pues le digo.

— No, si, entiéndame; creérmelo me lo creo, pero... Jovencito, seguro, con esos auriculares y esa música ruidosa y la cabeza a pájaros; pues, a lo suyo, segur...

— ¿Yo un jovencito... — colocando, según hablaba, los dos recordatorios así,



en paralelo —, auriculares y música ruidosa cuando solo me gusta la barroca?

— El mensajero, hijo, por Dios, que qué nerviosa de verdad me está poniendo. El mensajero.

— Es que, jovencito, ese sí que tendrá — mirándolos, estupefacto, tan iguales — la cabeza a pájaros.

— ¿Iguales? ¿También usted tiene uno?

— Tengo los dos.

— Anda que, vaya lío que se ha armado esta gente. Yo nada más he enviado uno. Un mensajero que bien les advertí que tenía que sincronizarse con el papel con el cerrajero, para qué, según terminaba de cambiar la cerradura nueva le diera la llave, nueva, y el lo metiera dentro y se la subiese, para que usted bajara y lo recogiera.

— Y, que hay que, convendría, fijarse un poquito en...

—Y, tanto; que si no fuera porque el nombre de uno es un poco más largo...

— Pero qué nombre, ni qué largo ni qué nada. Y, casi, ¿sabe?, que va a ser mejor por hoy dejarlo. Que parece, no sé, que estamos espesos, que no nos entendemos, que cualquiera diría que no estamos hablando de lo mismo.

Y que mañana me llamaba.

Y colgó.

Y, nada más colgar ella llamarón a la puerta. Y un jovencito con auriculares escuchando música ruidosa me entregó una llave explicando que era de la cerradura nueva del trasterillo.

